

Tiempos neoconservadores

La razón carece de autoridad dictatorial y su dictado nunca es sino el consenso de ciudadanos libres. I. Kant.

Para muchos, el siglo XXI ya comenzó; otros, aferrados más a los calendarios, esperan que transcurran los cuatro años y medio que aún faltan para dar por iniciado el tercer milenio. Como quiera que sea, los tiempos que corren son propicios para que una sensación de incertidumbre se apodere de las mentes y corazones de los seres humanos. Tiempos estos, pues, de profecías apocalípticas, de irrupción de lo desconocido, de desconfianza en la razón y en su capacidad para dar cuenta de lo que sucede y de lo que cabe esperar. Tiempos para refugiarse en el fundamentalismo religioso y en el dogmatismo; en fin, tiempos neoconservadores.

Los salvadoreños esperamos, como otros pueblos y sociedades, la llegada del nuevo siglo; también de nosotros se ha apoderado la incertidumbre acerca del futuro y un clima neoconservador se difunde peligrosamente en los diversos ámbitos de nuestra sociedad. Ello se explica por las particulares condiciones del país en el momento actual. En efecto, en el más acá, en la cotidianeidad, los salvadoreños nos las vemos con una violencia que no conoce límites y que, además, está fuera de control. Para el ciudadano común, nadie es capaz de explicarle cabalmente de qué se trata o qué sentido tiene la violencia; tampoco ese mismo ciudadano ve por algún lado que el problema tenga señales de solución. Es tan grave la situación que cada uno de los habitantes de El Salvador se juega la vida, día a día, en la calle, el parque, el supermer-

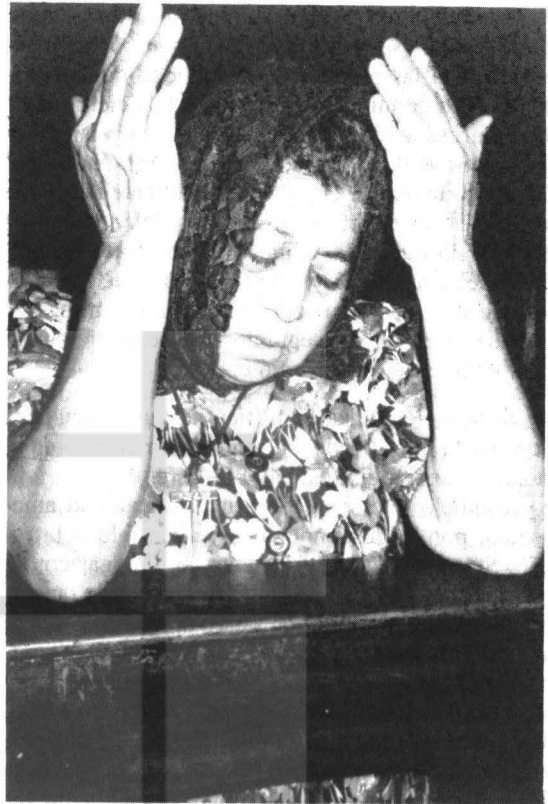
cado y hasta en la propia casa. Es decir, la muerte —ese más allá al cual los seres humanos solemos prestar atención sólo en las situaciones límite— se ha vuelto parte del más acá: la muerte ronda por doquier, acecha nuestra rutina diaria, puede llegar en cualquier momento y tenemos que vivir pensando en ello.

La muerte, pues, ya no es algo que nos espera al final del camino, algo de lo cual podemos desatendernos —como antaño— mientras nos dedicamos a nuestras profesiones y oficios. Como están las cosas en el país, no podemos esperar, como Antonio Machado, estar listos para cuando llegue el día de nuestro último viaje, porque ese viaje puede ser el primero que tengamos que hacer, sin haber tenido tiempo de realizar otros viajes previos, aquellos de los que sí se puede retornar. El más allá de la muerte se ha vuelto parte integrante de nuestro más acá; convivimos de tal modo con nuestro final que ya no necesitamos un tiempo especial —la soledad de la noche, la vejez, la agonía— para pensar en lo que el mismo significa. La muerte, como gran dotadora del sentido de la vida, ya no nos espera al final del camino, sino a la vuelta de la esquina.

Ciertamente, los medios de comunicación explotan la violencia, y lo hacen por conveniencias económicas muy suyas; al hacerlo, nos han acostumbrado a convivir con la muerte, a la cual progresivamente le van agotando su misterio. Pero los

medios de comunicación han encontrado otro campo de explotación, el cual —por el modo como es tratado— no pierde su misterio, sino que, al contrario, lo ve acentuado: el tema de los extraterrestres. Naves siempre vistas por alguien, objetos voladores no identificados fotografiados o filmados, autopsias de seres extraños; en fin, toda una imaginaria que nos hace creer que los seres humanos, cualquiera sea nuestra condición, estamos siempre acechados por seres de otro mundo, quienes nos visitan eventualmente no se sabe —eso es lo peor— con qué objeto: ¿conquistarnos? ¿conocernos? ¿entablar relaciones cordiales? No se sabe, pero lo cierto es que están por allí, en algún lugar del espacio interestelar, y que en el momento menos pensado pueden llegar y nadie sabrá qué hacer.

La ciencia, la razón científica, no cuentan para la imaginaria de los medios en torno al asunto. De nada cuenta el hecho de que ningún cuerpo material puede viajar a una velocidad superior a la velocidad de la luz (aproximadamente 300 mil kilómetros por segundo) y que en el supuesto —no descartado en lo absoluto por los astrónomos— de que hubiese vida en otros planetas, éstos, de algún modo, habrían de tener condiciones físicas similares a las que hicieron posible la vida en la tierra. Asimismo, en el supuesto que la vida tuviese lugar, ésta tendría que haber alcanzado un nivel de desarrollo científico-tecnológico suficiente para o alcanzar con sus naves la velocidad de la luz o quizás para superarla. En tercer lugar, habría que considerar la distancia a recorrer: el sistema estelar más próximo a nuestro sistema solar —y teóricamente con mayores probabilidades de tener algún tipo de vida— es *Alpha Centauri*, el cual se halla a una distancia de 4,40 años luz de la tierra o, lo que es lo mismo, un rayo de luz recorre en 4,40 años la distancia que media entre nosotros y dicho sistema estelar. Pero siendo que un cohete o nave espacial no despegaría inicialmente a la velocidad de la luz ni aterrizaría a esa velocidad, el tiempo de vuelo se alargaría hasta unos veinte años. Y, así, a medida que nos alejamos hacia otras estrellas y galaxias las distancias a recorrer se van volviendo más inaccesibles por razones físicas: por ejemplo, la estrella más cercana parecida a nuestro sol —*Zeta Tucanae*— se encuentra a 23,3 años luz de nosotros y la galaxia que nos es más cercana —*Andrómeda*— se encuentra a unos 2,3 millones de años luz de la tierra.



Entonces, la astronomía y la física si bien no descartan que pudiese haber vida en otros planetas —incluso civilizaciones más desarrolladas que la nuestra— sí ponen serios reparos a la idea de que estos seres extraterrestres puedan viajar fácilmente a la tierra, como si no hubiese que superar distancias inimaginables por periodista o reportero alguno, así como obstáculos tecnológicos y científicos difíciles de resolver para las mejores inteligencias de la tierra. Con todo, si superar esos obstáculos y distancias no fuera problema para nuestros lejanos vecinos, siempre queda en pie la pregunta de para qué vendrían a la tierra; más aún, si ya lo han hecho, ¿qué han logrado con ello? Ni nos han conquistado ni se han comunicado consistentemente con los humanos ni se ha encontrado manera de conocer su procedencia, su naturaleza o sus formas de vida.

Si enfocamos el tema de los extraterrestres con un mínimo de racionalidad científica, es poco lo que nos queda acerca de su facticidad. Sin embargo, se nos dice en la prensa y en la televisión, hay testigos presenciales de la llegada de extra-

terrestres a la tierra. Peor aún, en los últimos años, estos testigos se multiplican y surgen por doquier, con lo cual las pruebas de la realidad de aquéllos se vuelven contundentes. Son pruebas ciertamente singulares, irrepetibles, porque los visitantes galácticos se dejan ver sólo fugazmente. En consecuencia, querer dar cuenta racionalmente de lo que sucede es un error; no hay racionalidad capaz de explicar lo que es inexplicable, pero que, sin embargo, está ahí en el "yo lo vi", "juro que fue cierto, que una nave aterrizó en el patio de mi casa y que luego, en breves segundos, despegó irradiando una luz intensa, y se perdió en el cielo".

Si la racionalidad científica no puede ayudar a decifrar lo que sucede, sólo queda un ámbito en el cual buscar refugio; este ámbito es el de la fe, único resquicio que le queda a una humanidad amenazada por lo desconocido e inaccesible a la razón. Se trata de una fe incapaz de dialogar con la razón, es decir, de una fe que renuncia a la posibilidad de apoyarse en la facultad de razón para ahondar en el conocimiento de la realidad. La única salida es el dogma, las verdades absolutas y eternas, dichas de una vez y para siempre; la salida es el fundamentalismo religioso en sus distintas versiones. Se trata de creer, no de conocer; se trata de aceptar que, en definitiva, la solución de los problemas que conciernen a los hombres no es responsabilidad de ellos, sino de Dios. A los seres humanos les queda únicamente rezar, buscar una paz interior y confiar resignadamente en lo que El decida.

En definitiva, el más acá está envuelto en un clima de violencia incontenible. No hay ninguna seguridad ante la muerte que nos acecha en cada esquina. Fuera de nuestro planeta —y a veces en el patio de la casa o en la montaña cercana— rondan unos seres extraños de los cuales no sabemos qué es lo que desean. Ello sucede, además, cuando el segundo milenio está a punto de expirar. ¿Estamos ante señales apocalípticas? ¿Dónde encontrar un asidero para entender lo que sucede? Si la ciencia ha fracasado —nos dicen los más proféticos—, no queda más alternativa que refugiarnos en la fe, renunciando a la razón.

Pero renunciar a la razón y apostar ciegamente por la fe puede ser peligroso. El ser humano no puede descargarse de su responsabilidad así sin más; no puede renunciar a ser adulto sólo porque encuentra cosas inexplicables en el universo y en su vida personal. No es que la fe no sea importan-

te para el ser humano o que en sí misma sea peligrosa; pero si en nombre de ella se renuncia a la razón eso sí que no es deseable. Fe y razón no tienen por qué separarse tajantemente, aunque sean distintas y cada una de ellas exprese una dimensión específica del ser humano para habérselas con lo real.

La apuesta por la fe y el dogma, de espaldas a la razón, conduce a actitudes de rechazo hacia lo que cuestiona aquellas verdades consideradas inapelables. La traducción política de esa actitud intelectual es el autoritarismo. Es decir, de la imposición de las "razones" de quien tiene el poder por sobre cualquiera que cuestione ese poder. Si el dogmatismo religioso requiere de unos depositarios de la fe cuya infalibilidad no puede ser puesta en duda, so pena de sucumbir bajo la acusación de herejía, el autoritarismo requiere de figuras —militares o civiles— para las cuales el sometimiento de los que disienten —los "cerdos políticos" o los "mal nacidos"— tenga que conseguirse apelando, ante todo y sobre todo, a la violencia.

Las herejías, tanto ahora como en tiempos de la Inquisición, están prohibidas. La Iglesia católica no sólo se considera la voz autorizada para hablar sobre el aborto, la pena de muerte, la desintegración familiar o el SIDA, sino que hace de sus soluciones *las* soluciones que todos deberíamos aceptar sin discusión. Ciertamente, no es que todo esté mal en este planteamiento; al fin y al cabo la Iglesia no puede ni debe despreocuparse —como lo estableció el Vaticano II— de esos problemas y de otros que aquejan al hombre de hoy. Pero de ello no se sigue que la palabra religiosa deba prescindir de lo que dicen las ciencias sociales sobre temas tan cruciales para el ser humano; tampoco quiere decir —como es la tendencia predominante en la Iglesia— que la solución de esos problemas camine única y exclusivamente por la vivencia interior de fe, es decir, por rezar el Padrenuestro y pronunciar el Ave María, por más que esas oraciones nazcan de lo más profundo del corazón y sean necesarias para avanzar en la necesaria conversión personal.

Los diagnósticos y soluciones a los problemas del hombre de hoy sugeridos por la Iglesia tienen derecho a ser escuchados, pero no como la palabra definitiva y última. A la hora de enfrentar los problemas cruciales de nuestro tiempo, hay enfoques y perspectivas que no sólo no pueden ser descartados por no provenir de la religión, sino que los

mismos logran poner al descubierto aspectos que la religión no está preparada para abordar. Esto, que en principio no debería provocar resquemor alguno en los sectores religiosos —cabe recordar que la especificidad y complementariedad entre fe y ciencia fue defendida por el Concilio Vaticano II—, tiene que ser sostenido con fuerza en virtud de las pretensiones omniabarcadoras que se busca dar a la religión en la actualidad.

En el mundo de hoy —y El Salvador no es la excepción— todo se quiere enfrentar desde la fe —la violencia, la delincuencia, la desintegración familiar, la pobreza, etc.— y nada se quiere dejar a la responsabilidad de los hombres. Las respuestas y soluciones se encuentran en las fuentes de la religión que se profesa y es a ellas donde hay que remitirse, porque es allí donde se encuentra la única y eterna verdad que cabe sostener. Lo demás — la ciencia, la filosofía, la técnica— ofrecen falsas verdades y soluciones equivocadas; y ello porque dicen algo distinto a lo dicho por Dios en los textos sagrados, tal y como los mismos son interpretados por los depositarios de la fe. Lo dicho por éstos no puede ser puesto en duda ni admitir una postura distinta; la tolerancia para los que optan por valores distintos a los de la fe —tal como éstos son profesados por sus depositarios— no está permitida, ya que ello sería consentir con la obra del demonio que —al decir de los guardianes de la fe— está siempre a la espera de la menor oportunidad para colarse en la mente y los corazones de los indefensos humanos.

Asistimos en la actualidad a una “medievalización” de la religión: todo tiene que ser explicado y resuelto por ella, sin que quede un espacio de discusión con derecho a existir distinto al religioso. Asistimos al predominio de un discurso neoconservador que quiere eximir a los seres humanos de su responsabilidad y capacidad para enfrentar los problemas que les aquejan. La intolerancia se difunde desde la Iglesia; también se difunde un peligroso rechazo a la razón. El oscurantismo reli-

gioso siempre ha sido peligroso, al igual que el fanatismo que dice estar respaldado por verdades divinas. En el pasado, no sólo el fanatismo y el oscurantismo religiosos produjeron víctimas inocentes, sino que se dieron la mano con regímenes políticos igualmente nefastos. La razón, el diálogo, la tolerancia, la aceptación de los propios límites y la propia especificidad, le permitieron a la religión superar sus oscuridades y abrirse a las alegrías, los gozos y sufrimientos del hombre moderno.

Renunciar a la razón, volver al oscurantismo y al fanatismo religiosos no es algo para regocijarse. En la situación actual de El Salvador, puede ser muy peligroso que los dejos autoritarios del gobierno de ARENA sean complementados por el neoconservadurismo que se difunde desde la Iglesia institucional. Si la Iglesia católica, con Mons. Rivera Damas, potenció durante los 80 el diálogo-negociación entre el gobierno y el FMLN, y con ello se convirtió en un elemento dinamizador del proceso de transición a la democracia, ahora con Mons. Sanez Lacalle está propiciando la intolerancia, la exclusión y el fundamentalismo, lo cual ni abona en favor del pluralismo ni la convivencia democrática. Los tiempos actuales son tiempos de desconcierto social, económico y político, pero ello no implica que deba renunciarse a la razón. Los tiempos que corren son tiempos de reflexión y vuelta hacia la vida interior, es decir, son tiempos que hacen necesaria una experiencia de fe. Pero no basta con ello; esa fe tiene que fecundarse con la ciencia y la técnica, para estar a la altura de los tiempos. La alternativa neoconservadora, aunque goce de la simpatía de los círculos de poder religiosos, políticos y económicos, no es la mejor ni la más deseable para avanzar en la consecución de un ordenamiento democrático.

Luis Armando González